

VERANO, VERANO

Ya llega el verano. ¡Por fin! El sol, el calor, las moscas (cada vez menos, gracias a los pesticidas) y los helados de chocolate.

Hay quien se va a la montaña, pero otros preferimos el mar. La mar, esa masa de agua cambiante, a veces tierna y suave y otras magnífica y aterradora en su fuerza, que parece no tener fin y estar ahí desde el principio de los tiempos. A mí me parece, junto con el viento, quizá una de las imágenes más asequibles del misterio de Dios.

Pero, no se trata aquí de teologías de tres al cuarto, de lo que quiero hablar es de otra cosa.

Cuando llega el calor, todo el mundo se destapa. Las blusas pierden las mangas, los bajos de las faldas y pantalones se acortan, los cuellos desaparecen y la piel, mucha cantidad de piel, sale a la vista de todos.

Pero, eso no es sería significativo, si no fuera porque se ha perdido el decoro. ¡Uy! qué palabreja. ¿Alguien recuerda lo que significa? No me meteré a definiciones, porque esto no es tampoco un mini-tratado de moral rápida.

De lo que hablo es de buen o mal gusto y, sobre todo, de respeto. Es cierto que no todos hemos sido favorecidos con un cuerpo maravilloso, digno de servir de modelo a un escultor realista y clásico. Y, también es cierto, que todos tenemos derecho a no pasar calor. Sin embargo, hay límites que no deberían traspasarse. En tiempos pasados hablaríamos del decoro, hoy es mejor hablar de una cierta contención y de buen gusto.

Esas dignísimas madres o embarazadas, que muestran sus tripas abultadas o flácidas, llenas de estrías, colgantes o con el ombligo hacia fuera. Esos varones de tripa cervecera, que se colocan por debajo de la misma la cinturilla de los pantalones bermudas, esas abuelitas que sacan del armario unas batitas frescas indescriptibles, esas jovencitas que se ponen, a pesar de que juventud no excluya mallas mal colocadas, camisetas inverosímiles, dos tallas por debajo de la apropiada, esos muchachos de pelo engominado que llevan los pantalones a punto de desprenderse y nos muestran la marca de sus calzoncillos, esos abuelitos que se colocan las sandalias con calcetines haciendo juego con unos pantalones cortos que vienen usando sistemáticamente desde los años ochenta, sino antes, porque, vea usted, qué buena tela, ahora ya no hacen cosas así.

Qué diremos de nalgas llenas de hoyos, de muslos con pistoleras, de pechos como higos pasos o de una exhuberancia abrumadora, que se muestran porque hace calor y en la playa y alrededores, más bien alejados del mar, todo está permitido. Esos slips

ajustados para marcar atributos, o aquellos que no cubren la rajita del culo (con perdón) me hacen preguntarme ¿qué delito he cometido para tener que andar por la calle viendo visiones o es que padezco alguna enfermedad alucinatoria?

No hay por qué pasar calor, ni hay por qué ser gazmoño ni cursi. Pero hay cantidad de prendas que tienen la talla que uno necesita, que evitan mostrar lo que no es mostrable ni siquiera en la intimidad, porque ofende a la vista y a la propia imagen. No todo lo que guardamos en los armarios, por buena calidad que tuviera en su día, es utilizable. No porque se sea mayor y se tengan achaques o duelan los pies hay que ir vestido como cuando teníamos treinta años. Hay calzado deportivo, elegante y discreto, no muy caro, que transpira y tiene suelas acolchadas. Hay protectores de pieles sensibles en forma de calcetines de colores suaves que se pueden usar en tiempo de calor y no achicharran los pies ni molestan a los ojos de los demás.

Vemos en escaparates y en la televisión o las revistas prendas de todo tipo que soportan señoritas o caballeros que han hecho de su cuerpo un maniquí de proporciones perfectas, con pieles tersas y bronceadas, sin manchas, ni pelos, pero la mayoría de nosotros no somos así. Somos regordetes o delgaduchos, tenemos el cuerpo en forma de pera o de peonza, tal vez también como un macarrón o un fideo. Nos asemejamos más a un boniato que a otra cosa y no podemos, sin más, colocarnos lo que esos caballeros perfectos y señoritas de buen ver llevan. Porque además, como todo el mundo sabe, al natural no hay *photoshop* que valga y todo aparece con su verdadera dimensión o, más bien, desproporción.

Así que no es tanto una cuestión de decencia o decoro, sino de no hacer el ridículo, de no ir vestido o semi-desnudo como si te hubiera aconsejado tu enemigo. ¿Que duelen los pies? No hay necesidad ninguna de meterlos en unos calcetines marrones que llegan a media canilla, juntarlos con unas sandalias negras y mostrar cuatro tendones pegados al hueso hasta el borde de unos pantalones cortos, es un decir, que llegan por debajo de la rodilla.

Los sujetadores con aros, no son la panacea, porque si bien levantan los pechos flácidos, no recogen las molas blandas y untuosas que caen por debajo del sobaquillo y aledaños. En fin, las tripas cerviceras admiten una cinturilla que caiga donde antes estaba la cintura y no deben subrayarse con esos polos de rayas horizontales que se vuelven casi elípticas por causa del volumen que encierran.

Pero, hay más. No puede uno sacar los pies al aire con las uñas como garras y los talones de esparto o más bien de barro cuarteado -pues, al fin y al cabo, somos polvo

y al polvo hemos de volver- pero no es cuestión de andar por ahí como si ya hubiéramos sacado el pie de la tumba.

No obstante, lo que quisiera transmitir con estas líneas no es una demanda de buen gusto a ultranza, sino de respeto por uno mismo y por los demás. Como en todo, no todo vale.